

LA TELA DE PENÉLOPE

En las horas de íntimo recogimiento, en esas horas de suavidad y de encanto, en las cuales mi cámara de poeta se viste de fiesta y se engalana con las flores más raras del ensueño, para recibir dignamente a la ilusión fastuosa y alucinante de tu recuerdo, con el fervor de un lapidario antiguo, he cincelado estas joyas nupciales, capaces, por la pureza de su oro y la maravillosa claridad de sus gemas, de acompañar las danzas de Belkis, la amada morena de Salomón.

Mientras humean en los pebeteros de plata las fragantes y perversas lujurias del Oriente, y la crueldad divina del Amor solloza en las guzlas y suspira en las flautas, yo he realizado el milagro de transmutar todas las ansias de mi cuerpo y todos los anhelos de mi

alma, en fabulosas floraciones de rubíes, esmeraldas, zafiros, amatistas, topacios y crisoberilos, para bordar de refulgentes constelaciones la quimera zodiacal de tu manto.

Al sentir sobre tu piel de nardo, sensibilizada hasta la hiperestesia por el deseo exasperado, la mordedura fría y corrosiva de las joyas, y en tus brazos, en tu cuello y en tus muslos, el serpentear metálico y sonoro de los brazaletes, los collares y las ajorcas, piensa que son mis labios, mis dientes y mis brazos—toda mi carne y todo mi espíritu—que se enroscan en tí, y te besan y te oprimen y te muerden, en la lujuria infinita de este amor que tiene la destructora voracidad de las llamas.

En un rico cofrecillo de sándalo con arabescos de marfil y nácar, un esclavo nubio, desnudo y bello como una estatua de basalto, custodia—hasta tu alcázar de leyenda—sobre un dromedario, el presente que mi amor te envía desde las más remotas Arabias del ensueño.

Cuando en la soledad gris y monótona de tu prisión, hiles en la rueca de la esperanza el lino de tus quimeras, y en tus labios, sedientos de besos, florezcan las divinas estrofas de la balada germánica:

«Hubo en Thule cierto Rey,
que a su amada fué constante
hasta el día en que murió...»

El relampaguear insólito de estas joyas te hará palidecer de rubor, y llevarte, de súbito, las manos a la castidad de los senos, cual si de repente te sorprendiesen desnuda, en la transparencia del baño, las miradas violadoras y voraces de todos los sátiros del Deseo...

Y las dulces y suaves notas de la balada se romperán en tus labios en un temblor de besos y en una agonía interminable de suspiros.

II

Al aparecer en mi camino, con tu gracia ondulante y elástica de pantera joven, me has dado el espejismo de otra vida más amplia, más profunda, más sutil, como si fueses la encarnación de todos los divinos engaños y las más bellas mentiras del Universo.

Deslumbraste mis ojos en una gloriosa tarde de Primavera, en que todo parecía hecho y pronto para el Amor, para un amor inextinguible, que como el fénix de la leyenda, muriese y resucitase perennemente de sus propias cenizas.

El crepúsculo se difundía en el mármol antiguo de tu rostro, como si fuese un velo de sombra y de oro, dándote el prestigio secular y misterioso de los más bellos y terribles mitos del Oriente.

Venías pálida de inquietud y de ensueño, como una perla enferma de nostalgia, y bajo el marco floreal y sombrío de tus cabellos profusos, tu palidez se espiritualizaba hasta lo monstruoso.

El temblor palpitante de los músculos y de las manos te daban la apariencia de una cosa alada.

Tus extremidades eran tan fluidas que daban una sensación de inexistencia, y los ropajes de pliegues nobles y tonos claros, armonizaban tan justamente la hermética fragilidad de tu silueta, como si hubiesen brotado de tu propia substancia y por ellos corriese también, animándoles, tu misma sangre.

Parecías tener dos almas: una misteriosa y extática, encantada en la profundidad nocturna de tus ojos, perdidos en una mística lejanía de imposible.

Y otra, devastadora y cruel, temblando de deseo, en la púrpura encendida de tu boca, de tu boca insaciable, húmeda de voluptuosidad, como si saborease entre sus dientes la presa jugosa y sangrienta de mieles de una granada madura.

A tu presencia palidecí como si comprendiese que algo nuevo comenzaba en mi vida, algo dulce, fatal, profundamente triste, y cruzado, como una noche de tempestad, de relámpagos crueles.

Y desde entonces, te amo con tan salvaje violencia que hay momentos en los que me parece que siento crujir mis huesos, próximos a estallar, y que mis venas y mis ojos van a romperse, porque no pueden ya contener la febril explosión de mi cariño.

¿Qué divino milagro hay en tus ojos insondables?

Cuando me miras, diríase que es tu alma quien me mira, y me siento desvanecido en humo, en incienso, en plegaria, en un anonadamiento infinito, como si todo mi ser se disolviese en Dios.

¿Qué terrible misterio de sangre ocultas en tu boca roja?

No lo quiero saber. Cuando sonríes, siento que las uñas se clavan en mis carnes, y los dientes muerden en los labios, hasta hacerlos sangrar, como si al paladar la sangre gustase también todas las dulzuras y las embriagueces de tu boca.

Yo te amo, porque eres enigmática y paradójica, porque eres ágil y lúbrica, grave y mística, porque eres todo el amor y el odio del mundo, porque tienes la frente y las manos de santa, los labios finos y crueles, y los ojos de serpiente y de paloma, de leona y de gacela de que habla el maravilloso poeta del desierto...

167247

146712

A veces creo que no existes en la realidad, que eres sólo una quimera vana, una sombra alucinante de fiebre, pues no concibo que siendo de carne humana, teniendo corazón, puedas contemplar impasible este dolor brutal, que como lepra insaciable, va devorando los huesos de mi carne y la medula de mi alma.

Una estatua, esculpida en la materia más dura, se hubiese estremecido ya de dolor, hubiese tendido, en un arranque milagroso, sus brazos de mármol a mi cuello para ahogarme de felicidad en ellos.

Si tu esencia es humana, debes ser un monstruo.

Debes tener, en tu corazón de hiena y en tus entrañas de chacal, acumulado todo el veneno de la

tierra y toda la diabólica perversidad del infierno.

Me atormentas, me inquietas, me atraes, me rechazas, juegas conmigo y te burlas de mí.

Y mi corazón es en tus manos igual que esos juguetes que rompen los niños, por curiosidad, para ver lo que tienen dentro.

Si las heridas del alma sangrasen, tú no podrías mirar tus manos sin sentir, como Lady Macbeth, el horror de la sangre y el remordimiento del crimen.

IV

¿Por qué me abandonas? ¿Por qué te vas? A tu lado, por ti y para ti, yo segaría con mi hoz de oro los más altos, verdes y frondosos laureles. Mi magnificencia fabricaría alcázares maravillosos, donde las horas y los siglos pasasen como visiones de ensueño.

Conquistaría, con mi amor, los más fabulosos y lejanos imperios de la Inmortalidad... Y los héroes más fuertes y los Dioses más altivos, se inclinarían a tu paso, deslumbrados por el fulgor eterno de mi gloria. Porque tú eres para mí la fuerza más potente, el torbellino de ambición y de grandeza, capaz de transportarme a la meta suprema del Universo. Mas si te alejas, si tú te vas ¿qué va a ser de mí?

La hoja seca a merced del viento, el náufrago entregado a la tempestad, estarán más seguros de su destino.

¿Qué van a hacer, lejos de ti, mis ojos, estos pobres ojos que sólo viven de los tuyos, por el deseo de verte y la esperanza de contemplarse algún día en el espejo encantado de tus pupilas?

Si tú te vas será como si me arrancasen las retinas.

Se quedarán mis ojos inmóviles, llorando en la obscuridad, como dos huerfanitos ciegos.

¿No te dará pena de su orfandad y su ceguera?

¿Los dejarás perecer, deshechos en lágrimas de sangre, porque ya no les queda llanto?

¿Qué va a ser de mis manos, de estas pobres manos que sólo viven para las tuyas, para soñarte, para acariciarte y para convencer a mi corazón de que no eres una quimera, sino realidad tangible y gloriosa?

Sin ti, sin tus manos, las mías son como dos miserables tullidos abandonados por todos entre las llamas de un incendio.

¿Vas a dejarlas morir en el martirio inaudito del fuego?

¿Qué han de hacer mis labios si tú te marchas para siempre?

Mis labios que sólo para ti se mueven y hablan, que sólo por ti y para ti sonríen, concentrando en el panal de su sonrisa todas las mieles de los besos, ¿para qué me servirán, si contigo han huído todas las armonías y todas las dulzuras de la tierra?

¿Cómo vas a dejar a estos pobres mudos, sin amparo y sin consuelo en medio de la inquietud alucinante de la vida?

¡Oh, no te vayas!

Te lo piden mi alma, mi corazón, mis manos y mis labios; todo mi espíritu y toda mi carne, anhelante de ti y soñando con tu presencia.

Te lo suplico en nombre de cuanto existe de santo y bello sobre la desolación de la tierra... ¡Por mí, por ti misma, por la felicidad de los dos, que es la única que podemos encontrar en la vida!...

El amor que se va no regresa.

Y si acaso, milagrosamente torna, mejor fuera que no tornase, porque vuelve desfigurado, tan otro que no sólo no podemos reconocerlos, sino que además nos causa repugnancia su presencia. Y entonces los amantes se paran con extrañeza, se miran fijamente,

ansiosamente, hasta el fondo de los ojos, como si buscasen algo perdido, y desilusionados de no encontrarse, se dicen a sí mismos, viendo los estragos del tiempo y las vicisitudes de la fortuna:

—¿Y ésta es aquélla?

—¿Y éste es aquél?

Y se alejan en silencio, sonriendo melancólicamente al ensueño que acaban de enterrar en sus almas

V

Muchas noches, no sólo te presiento en torno mío, sino que te siento y hasta te miro a mi lado vigilando mi angustia.

Me parece que te acercas, sigilosa, a mi lecho, desnuda de todo pudor, con un perturbador ofrecimiento en los senos turgentes y blancos, una promesa torturadora en los ojos voraces y una invitación paradisiaca en los labios pletóricos de infinito.

Y estremecido de deseo, me alzo del lecho, te tiendo los brazos, te busco, con impaciencias de niño, entre los cortinajes, en los ángulos, detrás de las puertas y bajo las sábanas...

Recorro como un loco la casa, llamándote a gritos, buscándote por todas partes, sin saber que jamás po-

dré encontrarte, porque no estás fuera de mí sino en mis ojos y en mi corazón, en el fondo de mi alma...

¿Qué me importa que me ames o no, que seas mía o de otros, si tengo la certidumbre que así como tú vives en mí, yo vivo también en tus recuerdos inalterable y fatal como nuestro propio destino?

¿Ves esa sombra que te acompaña siempre, como un esclavo etíope a una reina fabulosa, que cruza por donde cruzas, que se pierde contigo en las noches de luna, por las largas avenidas de cipreses que terminan en el estanque donde los cisnes esperan las caricias de tus manos?

Esa sombra soy yo: mi amor que te espía, que te vigila y ampara, que no te abandona un momento, y que cuando la tierra te cubra con su abandono y su olvido impenetrables, se sentará allí a llorarte eternamente sobre la losa de tu sepulcro, al pie del ángel y de la cruz de mármol...

Todo será inútil, todo... Y algún día, acaso las manos de tu amante te ahogue, al oírte pronunciar, en los espasmos fugitivos del placer, la incoherencia de mi nombre, como yo la pronuncio, a veces, inconscientemente, entre los brazos mercenarios de

un amor de alquiler... Porque yo amo tu carne en la carne de todas las mujeres, como también amo la luz de tus ojos en el fulgor de todas las auroras y el perfume de tu aliento en el perfume de todas las flores de la tierra.